

Los relatos infantiles y la dictadura militar: de cómo la revista *Anteojito* transmitía el programa del proceso

María Eugenia Álvarez
eugenio4@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Río Cuarto

Introducción

La dictadura militar en nuestro país durante el período 1976-1983 tuvo características particulares y desarrolló modos institucionales de control social a través del discurso, en diversos órdenes, pero fundamentalmente en los que tienen una poderosa propagación en la población en general. Uno de los ámbitos más propicios para la transmisión de conceptos y valores fue el periodístico, cuyos discursos tuvieron una difusión masiva tanto en el medio radial, como en el televisivo o en el gráfico. El otro fue el educativo, en el cual los discursos tenían un doble efecto: por un lado, reafirmar la adhesión de las familias a través de la educación que los niños recibían en la escuela; y, por otro lado, lograr que la esencia del régimen trascendiera el momento histórico a través de la formación de los futuros ciudadanos. De esta manera, la represión en la educación contaba con un significativo respaldo de actores civiles, tanto del propio sistema educativo como externos al mismo; entre los cuales se encontraban los programas de televisión para niños, los manuales escolares y las revistas llamadas educativas del tipo de *Anteojito*. Sin embargo, y a pesar de la oferta amplia de discursos infantiles, la revista se convertía en la propuesta de más fácil acceso para los niños, ya que se adquiría en los comercios de todo el país; además tenía fotografías y dibujos en colores que resultaban atractivos, dado que los programas de televisión todavía se transmitían en blanco y negro.

Este régimen, a diferencia de los totalitarismos que han sido en esencia e históricamente radicales, fue básicamente conservador; no combatía la autoridad paterna sino que pretendía restaurarla. Por ello era amenazador para las pautas de familia o autoridad que no se ajustaran a su modelo conservador, y simpatizaba con los grupos sociales y familiares afines a esos modelos. *"A ellos, el régimen les proporcionó seguridad. Así, la restitución de autoridad acompañada no solamente por la retórica conservadora del régimen (oficial y paraoficial), sino también por muchas de sus políticas activas, resultó ciertamente reconfortante para las generaciones adultas, en especial, entre las clases privilegiadas"* (Novaro y Palermo: 2003). La satisfacción de los sectores altos no sólo se limitaba a la recuperación del control en el seno de sus familias, sino que se extendía a la reversión de cambios registrados en las instituciones más directamente vinculadas a su reproducción, en especial las educativas y religiosas.

En los diferentes sectores sociales se percibía la dictadura como la reimplantación de un orden perdido, como si la vida cotidiana recuperara una anhelada certidumbre. De este modo, la recomposición de la autoridad en las familias y en otros núcleos era encarada en muchos casos con fervor hacia el régimen autoritario como "única alternativa frente al caos".

Ello podría explicar que el núcleo social del proceso, fuera del gobierno pero dentro del régimen, formado por un conjunto de personas civiles y militares, laicos y sacerdotes, hombres y mujeres de todas las condiciones y profesiones, diera su consentimiento a la vasta operación de represión ilegal; ya que se consideraba esa represión como parte de un

proyecto más amplio de reorganización de arriba hacia abajo de la sociedad, que justificaba las atrocidades que se cometían.

En este contexto, el ciudadano común se mostraba predispuesto a colaborar con el régimen, generalmente guiado por alguien que, por prestigio personal o institucional, merecía su confianza y formulaba advertencias al gobierno reclamando mayor dureza con los que se oponían a mantener el orden. De la misma manera, los diferentes sectores sociales resultaban convocados a comulgar con el espíritu procesista y, a través de diversos mecanismos, esto se lograba.

Un procedimiento que actuaba decisivamente era el secreto, que introducía el elemento siniestro de la preferencia por no saber. Es así que la modalidad ambigua de la represión aumentó notablemente la capacidad de usar mecanismos de negación y evasión para elaborar todo lo que se percibía en el ambiente, reducir la tensión interna y hacer la vida más llevadera; ya que cuanto menos se supiera y cuanto más contradictoria fuera la información, más fácil resultaría creer que sólo se perseguía a los auténticos "guerrilleros". Este mecanismo se manifestaba en los medios de propagación del contenido programático del régimen.

Entre los ámbitos peligrosos, estaba el educativo; por ello se producían cambios drásticos como modificaciones en planes de estudio, despidos de docentes y controles de todo tipo. Las acciones estaban dirigidas a vigilar y castigar, operando sobre las relaciones entre docentes y alumnos, entre los mismos alumnos, y entre éstos y sus familias. Existía la aspiración de movilizar las instituciones educativas al servicio de un orden que tuviera a la familia por piedra angular. Esto se expresaba en los contenidos.

La retórica sobre la infancia y la juventud, la familia y las acciones moralizantes fueron efectivas para infundir, en muchos hogares, comportamientos autorrepresivos presididos por el silencio. Para ello, el *"régimen reconocía a los padres de familia la autoridad tradicional, pero a condición de que esa autoridad sirviera para que cada familia se estructurase en arreglo al modelo fijado"* (Novaro y Palermo, 2003: 142).

Además de la educación, el régimen consideró a los medios de comunicación masiva como uno de los instrumentos y terrenos predilectos para desenvolver a pleno su cruzada reorganizadora; porque era la herramienta que brindaba el contenido tanto para la construcción del mundo de la seguridad como para la del temor.

En este contexto, la revista *Anteojito* se convertía en la síntesis del ámbito periodístico con el educativo, porque allí, fuera del sistema educativo, también se podía obtener la información necesaria que el modelo requería para la vida social y familiar. De este modo, la divulgación de revistas educativas del tipo de *Anteojito* era muy importante porque, por un lado, reforzaba la transmisión de ciertos conceptos y valores morales y cívicos que la educación sistemática proporcionaba a los niños; y por otro, la garantizaba, en caso de que el sistema educativo, por algún motivo, descuidara la formación moral y ética de los alumnos.

Los discursos y el contexto de producción

Con respecto al concepto de discurso existen diversas definiciones. Una de ellas es la de Teun Van Dijk (2000), quien considera que la *"noción de discurso es esencialmente difusa. Como suele suceder en el caso de conceptos que remiten a fenómenos complejos"*. Según Eliseo Verón (1993) un texto o un discurso es el lugar de manifestación de una multiplicidad de huellas que dependen de niveles de determinación diferentes. Esto significa que todo discurso depende de factores múltiples y que, a su vez, es portador del contexto de producción.

El concepto de contexto también es definido por Teun Van Dijk (2000) como *"conjunto estructurado de todas las propiedades de una situación social que son posiblemente pertinentes para la producción, estructura, interpretación y funciones del texto y la conversación"*. Pone en relación los conceptos texto y contexto afirmando que los rasgos textuales pueden manifestar y hasta constituir aspectos del contexto, y a la vez, *"la estructura del contexto determina, hasta un cierto grado, de qué rasgos deben disponer los textos para ser aceptables (como enunciados) en el contexto"* (van Dijk, 1989).

El autor plantea que el principal objetivo del análisis del discurso es producir explicaciones explícitas y sistemáticas, tanto textuales como contextuales, del discurso. Las dimensiones textuales se refieren a las estructuras del discurso en diferentes niveles de descripción, mientras que las contextuales relacionan a éstas con las propiedades del contexto. Es decir que mediante un análisis de los textos, como podrían ser los de la revista *Anteojito* del período de la dictadura militar, se podía reconstruir el contexto de producción de los mismos y, en consecuencia, la finalidad de los mismos.

Si se parte del esquema de Roman Jakobson, los factores inalienables de toda comunicación verbal son los siguientes: locutor o destinador, alocutor o destinatario, contexto, mensaje, contacto y código. Kerbrat Orecchioni (1993) considera que este esquema se encuentra incompleto; ya que el proceso de comunicación es un fenómeno complejo y heterogéneo, al cual denomina *universo del discurso*, que incluye los datos situacionales y las limitaciones estilístico-temáticas. Estos datos se manifiestan como *"representaciones, que los sujetos enunciadorees construyen a partir de ellos"*.

El emisor, al confeccionar su mensaje, no elige libremente los elementos lingüísticos que brinda el sistema de la lengua; sino que tiene limitaciones suplementarias que funcionan como filtros que restringen las posibilidades de elección. Éstos dependen de dos tipos de factores: las condiciones concretas de comunicación y los caracteres temáticos y retóricos del discurso; es decir, del universo del discurso. El emisor también debe tener en cuenta, además, la presencia de destinatarios indirectos que, sin estar integrados en la relación de alocución propiamente dicha, funcionan como testigos de la situación de comunicación y pueden influir de manera decisiva.

El destinatario o alocutario se define por el hecho de que es explícitamente considerado por el emisor como su compañero en la relación de alocución. Por lo tanto, las operaciones de codificación estarán determinadas por la imagen de ellas que se construye el emisor. Además, para todo mensaje, existen receptores adicionales y aleatorios, cuya naturaleza el emisor no podrá prever ni tampoco la interpretación que darán al mensaje producido.

Según Recanati (1979) los enunciados, en la medida que son hechos discursivos insertos en un contexto, añaden a la significación de las oraciones un significado suplementario, sin el cual no presentarían más que un sentido incompleto; por ese motivo es que el sentido de un enunciado no puede considerarse independiente del hecho de su enunciación. Como consecuencia, cada enunciación es un acontecimiento nuevo y diferente de los demás.

Todo enunciado se presenta teniendo dos valores: *"en general, un enunciado se presenta como siendo un enunciado intencionalmente emitido a los fines de la comunicación, y en particular como una promesa, una orden, una pregunta o una afirmación, y otras tantas formas en las que se especifica la comunicación discursiva"* (1979: 134).

Para este autor Recanati, 1979: 135, si se quiere determinar el contenido proposicional de un enunciado, se debe tomar en cuenta, *"además de lo que la oración-tipo significa, lo que el contexto de su enunciación muestra; y ciertas expresiones que figuran*

en la oración, al reflejar el hecho de la enunciación, tienen precisamente como función invitar a tomar en consideración dicho contexto".

Siguiendo estas afirmaciones se podría concebir al discurso como un sistema de operaciones discursivas. Verón (1993) sostiene que este concepto atraviesa la clasificación tradicional de los niveles sintáctico, semántico y pragmático, porque los objetos que interesan al análisis de un discurso son sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación, por una parte, y con sus efectos, por la otra: *"el análisis de los discursos no es otra cosa que la descripción de las huellas de las condiciones productivas en los discursos, ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus efectos"*.

Todo discurso es, por un lado, el lugar de encuentro de dos conjuntos de relaciones, las que hacen a la producción y las que hacen al reconocimiento; por otro lado, la circulación es la puesta en relación de estos dos conjuntos de relaciones. Las cuales, deben poder representarse en forma sistemática respectivamente; dado que hay reglas de generación y reglas de lectura. Circulación designa la distancia entre condiciones de producción y condiciones de recepción como un proceso que se produce socialmente.

El autor denomina *ideológico* a este sistema de relaciones del discurso con sus condiciones de producción, en la medida en que éstas ponen en juego mecanismos de base del funcionamiento de una sociedad; por lo que el análisis de lo ideológico en los discursos es el análisis de las huellas, en los mismos de las condiciones sociales de su producción. A esto, agrega que *poder* es el sistema de relaciones de un discurso con sus efectos, cuando las condiciones de reconocimiento conciernen a los mecanismos de base de funcionamiento de una sociedad.

Los relatos infantiles

Este tipo textual fue elegido para analizar en ellos los procedimientos lingüísticos que generaban las representaciones que el régimen pretendía transmitir y los modos de construcción de un destinatario específico dentro del público infantil.

Dado el fuerte impacto que causaban estos textos en los niños y, considerando que los relatos infantiles son los discursos con los que tienen mayor contacto desde edad temprana, de lectura recurrente en diferentes ámbitos (familiar, escolar, social) y de más fácil aprehensión en cuanto a su estructura; se seleccionaron diversos relatos que muestran de qué manera un contenido programático puede ser transmitido a las nuevas generaciones.

Este tipo de discurso no sólo se encontraba en los manuales escolares sino también en las revistas denominadas educativas, como *Anteojito* o *Billiken*, en las cuales se presentaban contenidos específicos del ámbito escolar, y se distribuían en los comercios a través de entregas que proponían textos y ejercicios para la escuela, además de las actividades de entretenimiento para los niños.

Estas revistas, sobre todo *Anteojito*, eran utilizadas por los maestros de las escuelas primarias, durante el gobierno militar, como bibliografía sólo complementaria para la enseñanza e investigación de algunos contenidos, dado que su propuesta didáctica consistía en la presentación de temas educativos aislados sin secuenciación de actividades ni complejización de sus contenidos. También el acercamiento a la revista se debía a la presentación novedosa y al tratamiento de temas atractivos para los niños con edad escolar.

La revista *Anteojito* no había sido generada por la comunidad educativa, pero servía como material educativo, de entretenimiento, era recomendable para los niños y, además, gozaba de un prestigio legitimado por las instituciones educativas, religiosas y por la

comunidad en general. Entonces, podemos pensar que la editorial tenía un propósito, además del didáctico, que sus textos tenían características que los hacían adecuados para los niños, y que su lectura causaba gran impacto en la formación general de los niños.

El discurso narrativo

Este tipo discursivo es abordado por Guiomar Ciapuscio (1994), quien afirma que la narrativa es una de las bases temáticas típicas que Werlich (citado por Ciapuscio, 1994: 78) distingue, en la cual los hablantes se expresan sobre ocurrencias y cambios en el tiempo. Ésta se caracteriza por ser una estructura simple con un verbo en imperfecto o indefinido que señala cambio en pasado como predicado y adverbios como complementos. Adam (citado por Ciapuscio, 1994: 92 y sig.) habla de una *secuencia narrativa* que posee las siguientes características: la sucesión de eventos, la unidad temática, predicados que indiquen transformación, un proceso (comienzo, transformación y fin), causalidad narrativa, evaluación.

Dentro de los textos narrativos se encuentran los textos históricos, las fábulas y otras narraciones como los relatos de vida o de anécdotas, que, si bien manifiestan diferencias entre ellos con respecto a su estructura, comparten la base o secuencia narrativa.

En el primer grupo de textos se encuentran los textos históricos que, según Simonin-Grumbach (citado por Ciapuscio, 1994: 33-34), se caracterizan por la ausencia de relación entre la situación de enunciación y la situación de enunciado. Este carácter es lo que le imprime al texto una apariencia de objetividad. Según Contursi y Ferro (2000), la narración se ha instituido como recurso para mantener la memoria de un pasado significativo para el presente y que es causa del mismo. Las autoras agregan que el interés que se le imprime a este tipo de discurso no sólo reside en su utilización como *memoria artificial*, sino que, a su vez, *se convierte en una explicación convincente, justificadora, tranquilizadora, portadora de inteligibilidad, comprensiva del presente* (2000: 61). Es decir, que estos textos no sólo narran, sino que también tienen el efecto de producir la historia.

En el segundo grupo de textos están las fábulas, a las cuales se puede definir como relatos de carácter didáctico-moral, originalmente escritos en verso. En su estructura se encuentran dos partes: la primera es una breve exposición narrativa en la que unos personajes alegóricos, generalmente animales, protagonizan una historia que servirá de ejemplo o parábola para la reflexión posterior; la segunda parte consta de un breve remate a modo de consejo o reflexión de carácter moral que se supone deducido o derivado del ejemplo narrado. Se trata de la "moraleja" dirigida al receptor del texto, por medio de la cual toma protagonismo el enunciador, que en esta publicación no se hace cargo como primera persona.

En el tercer grupo de textos se encuentran otros relatos, algunos narrados como historias de vida y otros como anécdotas aisladas. Estos dos tipos de relatos pueden considerarse como ficciones en el sentido de que se trata de construcciones en las que se encuentran procedimientos similares a los de la novela, en la medida que se construyen para un narratario que, desde la perspectiva de Umberto Eco, también es una estrategia textual. Además construyen un narrador con características particulares que le otorgan cierta autoridad para contar sucesos importantes: posee la autoridad experiencial de haber estado en el lugar y momento indicado del hecho y la *autoridad polifónica* (citado por Contursi y Ferro, 2000: 93), en tanto constructor de sentido en una cultura.

La narrativa, en cualquiera de sus manifestaciones discursivas, en su dimensión comunicativa, es una práctica socialmente simbólica en la que se pueden distinguir dos características fundamentales: adquiere sentido sólo en un contexto social y, a la vez, contribuye a la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los sujetos. En su dimensión simbólica, tiende a naturalizar y a legitimar la producción y reproducción del poder. Es parte de un terreno complejo y cambiante de sentido que constituye el mundo social, cuyos conflictos son puestos en escena por la narrativa misma. La narración en sí misma no es lo esencial, *sino los usos que de ella hacen los sujetos sociales (personas e instituciones) en un contexto histórico cultural* (citado por Contursi y Ferro, 2000: 103).

De acuerdo con esta línea de análisis, se puede incorporar la idea de Greimas (1976: 324) de que todo relato es susceptible de dos tipos de interpretación según dos modelos de existencia: un modelo constitucional y un modelo transformacional. El primero presenta una serie de *contenidos axiológicos contradictorios, presentados como insatisfactorios e inevitables* (1976:324); el segundo, ofrece una solución ideológica a través de una transformación de los contenidos. Teniendo en cuenta estas posibilidades de interpretación, el autor agrupa los relatos en dos grandes clases: los relatos de orden presente aceptado y los de orden presente rechazado. El primer caso se refiere a la constatación de un cierto orden natural o social existente y la justificación del mismo; en cambio, el segundo caso considera al orden como imperfecto, al hombre como artífice del cambio en una sucesión de luchas, y propone soluciones para superar las dificultades.

Tipos de narraciones: fábulas, lecciones de vida y relatos históricos

Las fábulas analizadas tienen la estructura típica y las características de este tipo de texto, ya mencionadas anteriormente; sin embargo, en esta revista se presentan adaptados, escritos en prosa y, generalmente, sin mencionar la fuente bibliográfica. En los casos en que se encuentran las referencias, se trata de fábulas de Esopo y, en el caso de las adaptaciones, no se menciona el autor de estas nuevas versiones.

Estas fábulas tienen como participantes a diferentes animales que podrían clasificarse de la siguiente manera, usando como criterio el poder que cada uno posee: entre los "poderosos" podemos encontrar al león, quien tiene la fuerza para decidir si se apiada de alguna persona o de un animal más débil que él; otra figura poderosa es "el amo", quien en un relato castiga al asno por ser celoso; también se presenta una gallina que manifiesta sentirse poderosa porque se considera útil al poner huevos que servirán de alimento. Entre los personajes que "obedecen" a estos anteriores encontramos al perrito compañero de su amo y el asno que es castigado por él; un ratón agradecido porque el león decidió no comerlo; un zorro, un elefante, un oso, un leopardo, burros y liebres que se ponen al servicio de un león que ha organizado un ejército; una rana a quien reprenden por ociosa y rezongona; y "un bandido" que se vuelve bueno por temor al león.

La estructura de cada fábula es muy simple: hay una breve introducción con la descripción de los personajes, se produce una complicación, luego una resolución, y finalmente se produce una generalización de la situación en la moraleja final.

El uso del tiempo y el lugar es impreciso, no hay datos de fechas ni espacios determinados. Se podría pensar que esta indeterminación es lo que hace que las situaciones narradas sean consideradas universales, y que el lector se vea comprometido en ellas como ser humano.

El narrador no se muestra en primera persona sino como una voz externa con autoridad para dar consejos y hacer críticas sobre las conductas que desarrollan los personajes. Esto se traduce en un distanciamiento de la figura del narrador de la historia narrada; dado que no se involucra y se convierte en una voz colectiva que evalúa y está observando.

Las lecciones de vida tienen la siguiente estructura: se da una pequeña introducción para explicar de lo que se va a hablar, luego se narran los hechos intercalando comentarios y percepciones del narrador, finalmente se da algún consejo o reflexión que se deriva de la historia relatada. Estas historias están más centradas en la emotividad del enunciador que en los sucesos que se pretenden contar.

El narrador de cada uno de estos textos se hace evidente en la firma final o el comienzo del relato. Esta particularidad supone la intención de mostrar estas narraciones como situaciones reales de vida para tomarlas como ejemplo; aunque, en estos casos, se podrían considerar ficciones, ya que se presentan algunas cuestiones curiosas:

- Algunas declinaciones verbales ("fíjate") y usos de pronombres de segunda persona del singular (tú) en los diálogos. Estas formas no son propias del dialecto rioplatense; sino del español estándar que los enunciadores que se presentan como tales no hablarían, si se considera que han puesto como lugar de residencia ciudades de nuestro país.
- Las expresiones "gauchescas" utilizadas en un texto se alternan con otras expresiones que no son de la misma variedad. En algunos textos, el narrador suele presentarse como un gaucho por su forma de hablar ("güeso", "pedazo 'e pulpa"), pero que, simultáneamente, utiliza formas cultas ("referencias", "hoyo"). Esta oscilación entre las dos variedades, así como en el caso anterior, indica la escasa posibilidad de que quien relata la historia sea el verdadero protagonista de los hechos.
- Algunos acontecimientos no pertenecen a la vida real como el hecho de pagar un salario a un perro, o de la capacidad de un niño de once años de poder darle una lección a su amigo de nueve tomando una decisión bastante madura.

Con respecto a los personajes, éstos tienen características que se repiten en todos los textos: un personaje central que recibió una lección (niño, niña, perro) y alguien de más edad (madre, padre, el amo, la maestra, compañero) encargado de dar la lección. Los primeros son quienes aprenden con alguna anécdota de su vida que aquí se relata. Los segundos son quienes portan la autoridad, es a quienes se obedece y admira.

El personaje principal, en ciertos textos, se convierte en narrador de su propia historia; en otros casos en que se presenta con otro nombre, como las historias que cuenta un tal "Don Malvino". Estos narradores, además de contar, son quienes se encargan de hacer las reflexiones y brindar las enseñanzas al enunciatario.

En la mayoría de estas historias los acontecimientos han ocurrido durante la niñez del narrador, que es adulto en el momento de la enunciación. Otras veces, el narrador es externo y no se relaciona de manera directa con los personajes de su historia.

En los textos hay algunos datos acerca de los lugares (Ancasti) y, aunque no hay precisiones de fechas, se puede ubicar en una línea de tiempo a la historia que se narra. Este modo de tratar el tiempo y el espacio hace que el lector pueda pasar de la historia particular a una situación más generalizadora y universal.

Los textos históricos tienen la estructura prototípica de una narración; pero con características diferentes, de acuerdo con los hechos que quieren contarse: algunos textos son narrados como ficciones, ya que, por ejemplo, la vida en prisión del General Paz está narrada a modo de cuento para niños y un relato que muestra la vida de la aldea colonial parece un cuadro costumbrista también para niños; otros textos son muy breves en

extensión, con datos precisos sobre fechas y situaciones familiares, enumerando, simplificando y sintetizando los acontecimientos históricos.

Estos textos presentan a sus personajes (Belgrano, General Roca, General Paz) como legendarios, heroicos y despojados de debilidades emocionales, salvo el amor a la Patria; a los sucesos como aislados de otros; al tiempo como un pasado remoto difícil de aprehender, ya que en un caso se invita al lector a hacer un viaje al pasado para poder situar los hechos; al espacio marcado a veces con precisiones de lugares geográficos (Santa Fe, Santa María del Buen Aire), con lugares exhaustivamente descriptos; al narrador siempre externo a los sucesos, pero relatando como si conociera profundamente todo lo que ocurrió, incluso precisando pensamientos de los personajes (se dice que el General Paz piensa en sus hombres, Belgrano piensa en la patria).

Las categorías gramaticales y los preceptos

El uso del tiempo marca claramente cuáles son los hechos que se deben recordar del pasado y, a veces, son narrados en presente ("*La Patria reconoce*", "*en la aldea colonial la gente es muy golosa*") coincidiendo, a través de este recurso, con el momento de la enunciación. De esta manera, se produce una síntesis entre el tiempo pasado y el presente actual de la enunciación (tiempo narrado es igual al presente de la enunciación), que recupera el pasado "glorioso" para ubicarlo en un presente, que también pretende ser glorioso. Esto indicaría que los procesos son concebidos como cíclicos y que los hechos memorables y sus participantes pueden repetirse obteniendo los mismos resultados que estos textos presentan. También el uso del tiempo futuro ("*cuatro años más tarde, el general recuperará la libertad*") tiene connotaciones especiales, ya que son estas formas las que indican la presencia de un destino marcado y predeterminado, del cual es imposible escapar. Estas formas elegidas pueden significar un modo de ver de cómo deben ser las acciones que el hombre lleva a cabo, cuáles son las que corresponde a cada uno, y cuáles son las que conducen a obtener los beneficios o el castigo que otorga el sistema.

Las formas adverbiales de tiempo, además de indicar en qué momento se han fechado los sucesos (*hoy, mañana, ahora*), revelan la correlación del pasado con el presente de la enunciación, con los hechos heroicos y las luchas que "engrandecieron" nuestro país. Además, con la ayuda del uso de términos que se utilizan para indicar simultaneidad y recurrencia (*la mañana, a medianoche, por la tarde*), se presentan los hechos con dos significados distintos: son sucesos habituales que forman parte de la vida cotidiana, o bien refuerzan la idea de hecho inexorable en el tiempo.

Las marcas de localización espacial también son formas deícticas que están indicando cómo es la representación que el enunciador tiene de los espacios, y cuál es el lugar que él ocupa dentro de las historias. Los espacios señalados están connotando el lugar que cada actor social ocupa: los que detentan el poder y los que lo respetan se desenvuelven en espacios privilegiados, armónicos y seguros; los otros ocupan lugares ordinarios, inseguros y poco apacibles.

Los sustantivos y los adjetivos también se refieren a una sociedad homogénea, que respeta la estructura prefijada y que es imposible de transformar. Esto se hace a través del uso de marcas despectivas, tanto en la sufijación de algunos sustantivos como en el lexema mismo, en la valoración realizada a través de adjetivos tanto axiológicos como no axiológicos, en la elección de los lexemas, y en la construcción de campos semánticos que muestran la conformación social con los valores propiciados por la autoridad que los ciudadanos deben cumplir si pretenden vivir pacíficamente.

Algunas conclusiones

En estos textos se puede observar cómo se presenta un mundo constituido por dos grandes grupos sociales: los que respetan el poder y los que no lo hacen. Para pertenecer al primer grupo es necesario tener algunos requisitos básicos: ser “trabajador”, “sensato”, “culto”, “buen hijo”, “estudioso”, “obediente” y tener “consciencia”. Si no se poseen estas condiciones naturales y no se hacen los esfuerzos requeridos por el orden, se considera que la persona está fuera del sistema, de sus beneficios y, además, puede merecer un castigo. Este estado de cosas determina que quien hable mal sea la “negra” o un gaucho, quienes trabajen en la calle sean los indios y negros, quien sea rechazado en diversos lugares sea el “haragán” o el “inútil”, y que las penurias que a estos personajes les toca soportar resulten una advertencia para que nadie pretenda desviarse del camino que a cada uno le toca transitar.

En estos textos el “saber” del enunciador se basa en la generalización y en la ideología dominante de la época y encuentra aquí el instrumento de transmisión de valores más poderoso para las nuevas generaciones de argentinos: el relato. Según Barthes (1974), el sentido del relato es *hacer pasar el relato del orden de la pura constatación al orden performativo, donde el sentido de una palabra es el acto mismo que la profiere*. Así, el discurso, no sólo se identifica con aquello que designa, sino que manifiesta relaciones más complejas que van más allá del propio discurso.

De acuerdo con la distinción hecha por Greimas (1976), mencionada anteriormente, los relatos de orden presente aceptado se basan en la constatación de un cierto orden existente y en la necesidad de explicarlo y de justificarlo; y los de orden presente rechazado consideran al orden existente como imperfecto e intolerable y proponen formas de solución. Es indudable que a los textos de esta revista podemos ubicarlos en el primer grupo de relatos, en los cuales se presenta un orden que sobrepasa al hombre, ya que éste es social y natural (existencia de animales y hombres, valores, hechos sociales, etc.) y se encuentra explicado en estos relatos. Según este autor, la mediación de estos relatos consiste en *humanizar el mundo*, que el hombre lo justifique y que se integre en él. Por estas razones, se puede afirmar que narrar es una práctica *socialmente simbólica* y que, en el caso de los textos de esta revista, adquiere un sentido particular en el contexto del gobierno de facto, y es, simultáneamente, un poderoso mecanismo de propaganda, ya que contribuye a la construcción de ese contexto cívico-social como espacio de significación en el que están involucrados los niños. Desde esta perspectiva, el relato construye dos elementos muy importantes: por un lado, un mundo, con los conflictos del momento histórico y sus modos de resolución, que legitima la producción y la reproducción del poder; por otro lado y, a la vez, un receptor o destinatario que vive y acepta ese mundo como el único, posible e inevitable, ya que si no lo hace corre el riesgo de terminar como los que no se adaptan a él (los haraganes, los negros, los indios).

Podemos considerar, entonces, que estos relatos de la revista *Antejito* cumplen esa función de mediación de integrar a los futuros ciudadanos al orden impuesto y que, además, ellos puedan justificarlo y defenderlo. Al mismo tiempo, creemos que las formas que adoptan los enunciados del discurso son el soporte de las relaciones de poder y conflicto social del último gobierno militar en nuestro país. Por tales motivos, el abordaje de los fenómenos discursivos desde su dimensión performativa, mediante las herramientas de la pragmática y la lingüística en un estudio interdisciplinario, proporciona la posibilidad de reconstruir esas relaciones entre el poder y los conflictos sociales que los generaron.

Bibliografía

- BARTHES, R. (1974): *Introducción al análisis estructural de los relatos*", en *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires. Tiempo Contemporáneo.
- CIAPUSCIO, G. (1994): *Tipos textuales*. Bs. As. UBA.
- CONTURSI, M.E. Y FERRO, F. (2000): *La narración. Usos y teorías*. Bogotá. Ed. Norma
- GREIMAS, A.J. (1976): *Semántica estructural*. Gredos. Madrid. P.p. 324
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1993): *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Bs. As. Edicial.
- NOVARO, M. Y PALERMO, V. (2003): *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Ed. Paidós. Bs. As.
- RECANATI, F. (1979): *La transparencia y la enunciación. Introducción a la pragmática*. Bs. As. Hachette.
- TEUN VAN DIJK (2000): *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona. Gedisa.
- TEUN VAN DIJK (1989): *La Ciencia del texto*. Barcelona. Piados.
- VERÓN, E. (1993): *La semiosis social*. Barcelona. Gedisa.